

# Jorge Font Saldaña Rinde Homenaje a la Memoria de Jesús T. Piñero

En ocasión de la develación del monumento que perpetuara la memoria de Don Jesús T. Piñero, primer Gobernador nativo de Puerto Rico, hemos creído oportuno reproducir las palabras que con motivo de su muerte escribiera su amigo y colaborador Jorge Font Saldaña que ofrecen un sentido perfil humano de la personalidad de aquel noble puertorriqueño.

Como un homenaje personal de cariño diré esta tarde algunas palabras sobre Jesús Piñero, a quien enterramos el jueves en el cementerio de Carolina seguido por el dolor del pueblo de Puerto Rico.

Tuve el privilegio de ser un amigo íntimo de Jesús Piñero y tuve el privilegio de trabajar a su lado por dos años y medio en La Fortaleza, cuando era Gobernador de nuestra Isla.

Al morir Piñero terminó una vida útil, una vida fecunda y noble. Jesús Piñero vivirá en mi recuerdo como un amigo entrañable y como un ciudadano cuya preocupación mayor era la felicidad de su pueblo, a cuyo servicio dedicó su vida entera.

Mucho puedo decir de los tiempos de la PRRA, allá por el año 36, cuando Jesús daba su concurso tesonero a la obra de la reconstrucción económica de Puerto Rico. Mucho puedo decir de la época en que se fundaba el Partido Popular Democrático, en cuyo nacimiento tanto puso y con cuyo desarrollo tanto tuvo que ver. Mucho puedo decir de su gestión como primer Magistrado de esta Isla en la dura y difícil tarea de la gobernación. Mucho puedo decir de la vida de Jesús Piñero cuando, retirado de la política militante, cultivaba el afecto de sus amigos y miraba con mirada ansiosa el paso de los acontecimientos en la lucha del pueblo de Puerto Rico hacia su destino de superación. El sabía de los peligros que acechan siempre la vida de los pueblos y se mantenía preocupado observando los acontecimientos.

Pero pudiendo decir tanto, voy a decir lo que, siendo poco, refleja a mi juicio la calidad del alma buena y luminosa de Jesús Piñero. Había un común denominador en su vida: el bien. Había una proyección en su vida: el servicio a los demás. Era la suya una actitud perenne e inquebrantable de generosidad y dulzura. Había en él un pudor de no intranquilizar a los demás con cualquier dolor físico que pudiera aquejarle. Si estaba enfermo, ni al médico llamaba. No

Jesús T. Piñero

quería que nadie sufriera molestias por su causa. Prefería servir a sí mismo y que nadie le sirviera. Gozaba sirviendo a

los demás. Era sensible y sensitivo como una flor. Los dolores morales le atormentaban y le envejecían. Pero nunca esgrimía hacha de combate. Lo más que hacía era suspirar. Tenía el respeto más profundo por la dignidad humana. Se sentía cómodo entre los humildes a los cuales podía ayudar. Se sentía bien con los poderosos por lo que podía obtener de ellos para ayudar a los humildes. Fue amigo de mucha gente sencilla en Puerto Rico y en todos los países que visitó; y fue amigo de



Jesús T. Piñero

Presidentes y Cardenales y Almirantes y Embajadores.

Aún recuerdo cuando, en una comida de protocolo en Fortaleza en honor del Presidente Tomás Bereta del Uruguay, al hacer brindis por la felicidad del pueblo uruguayo y de su Presidente, le pidió permiso al señor Bereta para llamarle simplemente Don Tomás. Aún recuerdo cómo se inclinaba sumiso a besar el anillo simbólico del Cardenal Spellman. Aún recuerdo cómo personalmente quería coser el bolsillo desgarrado de la chaqueta del Juez William Douglas del Tribunal Supremo de Estados Unidos. Aún recuerdo con qué dignidad y sencillez cambiaba impresiones con el Presidente Truman de los Estados Unidos de América. ¡Y qué mucho gozaba cuando visitaba a su amigo Pablito Suárez, Alcalde Luquillo! Y aún recuerdo cuando en un día de Acción de Gracias, el, personalmente, él, les sirvió almuerzo a los criados y sirvientes de La Fortaleza. Aún lo recuerdo en un

barrio rural de Río Grande bailando un seis con una jibarita humilde. Y aquella ocasión, en lo remoto del Barrio Mameyes, de Utuado, donde su automóvil no pudo seguir por el camino enlodado, y él se montó en un truck — cadenas en las ruedas —

con el poeta Evaristo Ribera Chevrement y el Juez Antonio Barceló y conmigo para ir, allá lejos, a un sitio donde no había luz eléctrica, a ofrecerles a los niños de aquella comunidad rural unas películas educativas que él mismo proyectaba; y él mismo llenaba el depósito de la máquina cinematográfica con el aceite que sustituía la energía eléctrica. ¡Cómo gozaba con la compañía de los niños, que veían en él un Santa Claus maravilloso! ¡Cómo se confundía con los ancianos y con qué gentileza se ponía de pie ante las mujeres! ¡Cómo se acercaba a los enfermos y calladamente les llevaba agua clara de su filantropía!

En la dura brega de La Fortaleza viví con él minuto tras minuto, hora tras hora, día tras día durante dos años y medio. Es duro ser Gobernador de un pueblo. Cardos y espinas infectan el camino. Las pasiones y los intereses humanos se levantan como fantasmas implacables. El egoísmo surge inexorablemente ante el deber y la generosidad. Pero, nunca, en ningún minuto de ninguna de esas horas de ninguno de esos días de La Fortaleza brotó de su corazón una sola gota de hiel. Si hubo amargura, suspiró, pero nunca odió; no sabía odiar. Es que Jesús Piñero no ambicionaba ser alguien. A Jesús Piñero sólo le interesaba hacer algo levantado y noble. Siempre, siempre hizo algo por los demás, para los demás.

Era un solitario, era un triste que sonreía. Los íntimos le llamábamos Jesús. Los conocidos y las gentes sencillas de los campos le decían Don Ché o Don Jesús y los niños le decían Tío Jesús. Lo de señor Piñero era un lenguaje formal que no le tocaba el corazón. Sus gustos eran sencillos: Un automóvil oscuro de bajo precio que él mismo guiaba. Comida jibara: café batata asada, carne cecina, bacalao. Le gustaba andar. Le gustaba soñar. Le gustaba andar para ver gentes y paisajes; y le gustaba soñar sobre la felicidad de las gentes. Tenía una serenidad profunda, casi mística, ante la muerte. La consideraba su amiga. Me lo dijo siempre; que siempre estaba preparado para el gran viaje. Como era bueno, y la muerte no le inquietaba en cuanto a él mismo, cuando salía de viaje largo en aeroplano, compraba unas pólizas pensando en los que quedaban detrás. Se dormía como un bendito a los cinco minutos de montar un avión. Fatalista, creía que la muerte podría sorprenderlo en cualquier sitio; que eso sería cuando Dios lo quisiera y él estaba presto para el reclamo. Le gustaba mirar las estrellas y tomarle el pulso a la noche inmensa. Siendo so-

ñador tenía un sentido práctico, preciso y claro. Me decía que no se podía flirtear cuando había que tomar una decisión inmediata que tuviera que ver con la vida de todos los días de las gentes, de su pan, de su techo, de su abrigo, de su salud, de su educación, de su felicidad. Creía en el pueblo puertorriqueño al que amaba anchamente. Creía en el pueblo americano al que quiso mucho. Creía que el destino de Puerto Rico estaba vinculado al destino de la Unión Americana. Le parecía que el aislamiento, el separatismo, iban en contra del mejor destino de Puerto Rico.

Y soñaba con la confraternidad universal y con que debían derribarse las fronteras. Era cristiano, era humanitario y no tenía prejuicios de raza, ni de religión. Creía en la identidad universal del hombre.

Como era un solitario, cuando salía del tráfico diario del ir y venir de los negocios, de la gestión pública, se iba solo a la montaña a mirar las estrellas, a colar café, a leer, a oír música, a soñar. Tenía una casita en el Barrio Cubuy de Loíza, allá en pleno bosque, en la sierra, a más de mil pies de altura. Ni un solo criado, ni un solo sirviente para atenderle.

El me invitó a que me fuera con él allá a pasar un fin de semana. Y el domingo pasado, el último día que él estuvo en su casita del Barrio Cubuy, estuvimos juntos muchas horas. Dejando el pueblo de Canóvanas, por un camino tortuoso que se adentra en la montaña lujosa de plantas y flores fui subiendo hasta llegar a la casita clara. Lo primero que oí fue música que salía por las ventanas de la casa. Toqué insistentemente la bocina y apareció Jesús, vestido con unos zapatos de tennis, unos pantalones cortos y una

camisa a cuadros. En su cara su sonrisa de siempre. Bajó a abrirme el portón. Subimos juntos a la casa.

En la sala había dos radios, una hamaca y una mesa llena de libros. Uno de los libros era sobre doce o catorce casos famosos de la historia americana incluyendo el que defendió Abraham Lincoln en homenaje de lealtad y cariño a unos amigos. Otro libro era el último escrito por el Juez Douglas. Su título "Más Allá de los Altos Himalayas". Me llamó la atención hacia este libro. Me dijo: "Es muy bueno, ahí el Juez Douglas describe la vida en ciertas partes de Asia y destaca la responsabilidad de la democracia ante el dolor del mundo y el reto comunista". "Ve leyendo mientras te traigo unas sardinitas con galletas y unas batatas asadas". En broma comentó: "Jesús, tu no tienes algo más sólido". Me contestó riendo: "Bueno, ve haciendo boca, que te voy a mandar a buscar un pollo y yo mismo te lo voy a cocinar". Apareció un muchacho de las cercanías. Jesús le encargó el pollo y empezó a prepararlo en la cocina.

Estando yo leyendo un capítulo del libro de Douglas donde cuenta de dos saludos clásicos en una región de Asia, saludos que son: "que nunca te invada el cansancio", "que nunca te devore la pobreza", me llamó a la cocina, y en una forma entre piadosa y humorística me dijo: "Pobre pollo, debemos ser cristianos", ¡y le cerró los ojos al ave muerta!

Almorzamos juntos, tomamos algo. Entonces, exclamé: "Pero Jesús, tú tan solo aquí en este bosque". Me miró y comenzó a hablar de lo bueno que es estar en comunión con la naturaleza. "Y si te pasa algo, Jesús,

por aquí arriba y en la noche?" Se sonrió y se puso a hablar de la muerte con una tranquilidad maravillosa. Decía: "Mejor si me sorprende aquí arriba, a solas, así no molestaré a nadie. Si yo pudiera escoger mi muerte quisiera tenerla en mi cama y de repente". Súbitamente empezó a toser, con una tos que le estremecía todo el cuerpo y que parecía no tener fin. Tenía un cigarrillo en su mano. Trataba de hablar pero la tos no lo dejaba. Le indiqué: "Jesús, tira el cigarrillo que el humo te irrita y te hará toser más". Pasado el acceso de tos, fatigado y con la voz entrecortada me contestó: "Esto es otra cosa".

En el curso de mi visita, Jesús Piñero estuvo tosiendo a intervalos por alrededor de una hora. Después supe que aquella era una tos cardíaca, según diagnóstico de una sobrina política suya, médico de profesión.

Me preguntó si había recibido una carta de él desde Washington. Le contesté que sí. La carta fue escrita el 31 de octubre último en el Hotel Raleigh. Uno de sus párrafos es el siguiente: "Desde estos lares te deseo éxito en la nueva vida que te has trazado de legislador. Yo espero ir a votar por ti en Canóvanas donde tendrás un voto seguro más, a costa de Pablito Morales Otero, quien me sabrá perdonar".

Así Jesús Piñero rendía tributo, no solamente a la amistad, pues el doctor Pablo Morales Otero, puertorriqueño eminente, era también amigo íntimo de él, sino al compañero de trabajo, a su ayudante de dos años y medio en la Fortaleza. Y se tomó la molestia de votar, uno a uno, a todos los candidatos del Partido Popular Democrático, de su Partido, pues si solamente hacía una cruz debajo de la pava yo quedaba fuera de su

voto porque al doctor Morales Otero se le había asignado el distrito de Canóvanas para su candidatura de Representante por Acumulación.

De esta manera fue que Jesús Piñero, fundador del Partido Popular Democrático, Representante a la Cámara, Comisionado Residente en Washington y primer Gobernador Puertorriqueño, alteró su forma tradicional de votar para expresar su cariño y su lealtad —dentro de la candidatura general de su partido—



Jorge Font Saldaña

a un amigo y a un compañero.

Jesús Piñero se retiró a la vida en el año 1949 y no faltaron quienes pusieran en duda su fe popular. Yo deseo en estos momentos solemnes, ante la majestad de una tumba apenas cerrada, afirmar —¡qué bien lo saben Alvaro Rivera Reyes y Félix Sánchez y Pablito Suárez! — que nunca flaqueó la confianza y la fe de Jesús Piñero en los principios del Partido que ayudó a fundar y al cual

le dio aliento y vida. ¡Y votó por la Constitución del Estado Libre Asociado de Puerto Rico! Su lealtad al Partido se mantuvo incólume. Esa tarde del Barrio Cubuy, el último día que él pasó en su casita de la montaña, Jesús me dijo lo que voy a relatar y que yo interpreto como su testamento político.

En todo momento tenía él esa tarde una preocupación: la de oír el discurso de Muñoz Marín en Río Piedras, que iba a transmitirse por la radio. Cuando se acercó la hora anunciada en que Muñoz habría de hablar sintió la estación por la cual se transmitía el discurso. Oímos en silencio el pronunciamiento del Jefe del Partido Popular. Jesús rompió ese silencio dos o tres veces para señalar como admirable la prédica democrática, que él consideraba de inmenso valor educativo, de su líder y amigo. Cuando Muñoz Marín terminó su discurso, Jesús me dijo estas palabras: "Dios le dé larga vida a Muñoz. El camino que él señala es el camino de salvación de este pueblo. Todo el mundo debe cerrar filas con él. Muñoz es el guía único que tiene Puerto Rico en este momento de su historia y bajo su liderato es que podemos ir resolviendo nuestros problemas".

Cuando abandoné la casita de la montaña, allí se quedó solo Jesús Piñero, en la oscuridad de la noche, alumbrado por la luz de su noble corazón, de su conciencia cristiana. En mi viaje de regreso a San Juan, mientras a lo lejos brillaban las luces de mercurio de la carretera que va desde Hato Rey hasta Buchanan, y, más al fondo, a la derecha, resplandecía el domo blanco del Capitolio, pensaba en el solitario que, dos días después, habría de caer abatido por la muerte apretando su pecho donde apenas le cabía el corazón.